

A propósito de Jane

Catalina León

FONT: LEÓN, C. (2023) *Las mujeres en Austen*. Madrid: Ediciones Rialp.

«Steventon, 17 de diciembre de 1775

Querida cuñada,

Sin duda estarás esperando desde hace tiempo noticias de Hampshire y quizá te sorprenda que a nuestra edad nos hayamos vuelto incapaces de contar, pero así ha sido, pues Cassy esperaba dar a luz hace un mes; sin embargo, ayer por la tarde llegó el momento y, sin muchos preámbulos, todo concluyó felizmente. Ahora tenemos otra niña, de momento un juguete para su hermana Cassy y una compañera para el futuro. Se llamará Jenny, y creemos que se parece a Henry, así como Cassy se parece a Neddy».

(Extracto de una carta del reverendo Austen a su cuñada Susannah Walter (1716-1811), esposa del hermanastro William-Hampson Walter (1721-1798), hijo del primer matrimonio de su madre, Rebecca Hampson, anunciando el nacimiento de Jane Austen, acontecido el día 16).

Aunque esto no es una biografía puede ser conveniente recordar algunos detalles de la vida de Jane. Los detalles son sustantivos y explican en gran medida su obra como ocurre con cualquier escritor. Interesan porque centran la vida familiar en su justo término y también la época en que le tocó vivir, un tiempo escaso porque murió con solo cuarenta y un años. Nos ayudan a entenderla mejor, despejan algunas de nuestras dudas y nos sitúan en el lugar exacto. Pero están elegidos por mí y no tienen por qué significar lo mismo para otras personas. Del gran mosaico que es su obra y su vida, escojo las teselas que me ayudan a componer mi propia imagen de ella. Austen escribió de su tiempo en todos los sentidos, ni de un tiempo anterior, ni del futuro. Fijó sus argumentos en tiempo real, de modo que, lo que narraba, podía estar sucediendo en el mismo momento en que ella lo contaba. Eso le da una cualidad indudable de realidad, de foto-fija de una vida que existía y que ella convirtió en personajes y trasladó a sus historias.

Argumentos y personajes tienen un poderoso lazo con la verdad y a ella se añade la imaginación como elemento que convierte lo que ve y lo que vive y lo que sabe en una historia que merece contarse. Sus historias no son toda la realidad, pero son realidad. Es una realidad seleccionada y pasada por el tamiz de la creación literaria, narrada desde el punto de vista de una aguda observadora que interviene cuando lo considera oportuno y que deja a los personajes expresarse en otras ocasiones. Lo que su vida aportó a su escritura puede ser objeto de controversia, pero, en todo caso, todas las biografías contextualizan a los escritores y les otorgan la posibilidad de adoptar su propio punto de vista.

Nacimiento y familia

Jane Austen nació en la rectoría de la aldea de Steventon, Hampshire, el 16 de diciembre de 1775. En ese momento su madre (de soltera, Cassandra Leigh) tenía treinta y seis años y su padre, George Austen, pastor anglicano, cuarenta y cuatro. Jane fue la séptima hija y la segunda niña. James, George, Edward, Henry, Cassandra, Francis, Jane y Charles fueron los ocho hijos de los señores Austen. La familia Austen era extensa y llena de ramificaciones. De los ocho hijos, solo de cuatro hubo descendencia. Cassandra y Jane no se casaron nunca, al igual que George, enfermo desde niño, el hermano casi invisible. Henry se casó dos veces pero no tuvo hijos. Sin embargo, Cassandra y George Austen tuvieron un número considerable de nietos de sus hijos James, Edward, Francis y Charles. (...) De los treinta y tres sobrinos de Jane Austen, veinticuatro la conocieron en vida y algunos de ellos la trataron con asiduidad. (...)

Algunos de los nombres de sus sobrinos y hermanos aparecen reflejados en sus novelas: George, Henry, Elizabeth, Marianne, Louisa, Charles, Fanny, Anna, Caroline, Catherine, Harriet, Jane, Mary... El nombre de George, que era también el de su padre, lo usó con el personaje masculino que ella consideraba más perfecto, el señor Knightley, de *Emma*. Por su parte, ahí están las heroínas Elizabeth Bennet, Marianne Dashwood, Fanny Price, Catherine Morland, Anne Elliot y las menos destacadas Caroline Bingley, Harriet Smith... En realidad ella usó nombres corrientes para sus personajes, dejando atrás toda esa legión de Camilas, Griseldas, Belindas, Elvinas, de

las novelas góticas. Esta circunstancia, en la que se repara poco, es ya una declaración de intenciones que merece señalarse. No quería damas exhaustas, jóvenes transidas de amor y virtudes, chicas enfermizas a causa del desamor, ni toda esa clase de estereotipos de la novela en su tiempo, sino personas de carne y hueso, con sus defectos y sus virtudes. Ninguna de sus heroínas es, por tanto, perfecta y alguna borda la imperfección.

Los primeros años

Ese diciembre de 1775, cuando nació Jane Austen, fue un tiempo de heladas y fríos muy intensos, como recordaba la madre en ocasiones. Además, el parto se retrasó casi un mes y, por eso mismo, la niña nació muy grande. Su padre, que era un hombre cariñoso con sus hijos, la llamó Jenny desde el principio, de igual modo que a Cassandra la llamaba Cassy. Siendo las dos únicas niñas en una casa llena de chicos estaba claro que la unión entre ambas iba a ser inquebrantable. No obstante, faltan datos de esa relación porque las cartas más íntimas de las muchas que se cruzaron entre ellas no han sobrevivido y este es un terreno que admitiría más investigaciones. La figura de Cassandra tiene un importante peso en la biografía de la autora, no solo por ser la hermana con la que compartía más cosas sino porque fueron las únicas que quedaron en la casa familiar cuando todos los demás hermanos se fueron y permanecieron juntas hasta el final de la vida de la autora. Ninguna de las dos se casó ni tuvo hijos, aunque ambas vivieron el significado de la atracción y de la pasión amorosa.

Después de bautizar a la pequeña Jane y de que la señora Austen terminara de darle el pecho, la niña fue enviada a los seis meses con Elizabeth Litteworth, un ama que vivía en Cheesedown Farm y que la mantuvo en su casa por un estipendio junto a sus hijas Nanny y Bet, que serían grandes amigas de Jane toda la vida. Esto mismo hizo Cassandra Austen con todos sus hijos. No se trataba de un abandono sino de una costumbre, porque la familia visitaba a la niña todos los días. Hay mucha literatura sobre si era buena o mala esta separación prematura y, desde luego, hoy nadie recomendaría a una madre que se deshiciera de sus hijos de esta forma. Sin embargo, entonces solo era una forma de crianza aceptada entre determinadas clases sociales.

De este modo, y añadiendo el escaso tiempo de estancia en colegios, durante los primeros once años de vida la niña Jane pasó casi cinco fuera de su casa, lejos de su hogar y de su familia. Esto pudo haber dado lugar a un apego escaso con respecto a su madre, que estaba, por otra parte, muy ocupada con toda la prole y el trabajo en la rectoría. Quizá también significó una unión especial con su hermana, con la que formaría un tándem en todos los aspectos. ¿Afectó esto a la personalidad de Jane? La relación madre-hija y la de la hija con el núcleo familiar se han revelado como fundamentales a la hora de asegurar un carácter equilibrado. Pero entonces las cosas no se veían igual que ahora y todos los hijos de los Austen pasaron por este protocolo y, no solo sobrevivieron, sino que tuvieron una vida larga y aceptable. (...)

Jane era una niña tímida, muy inteligente, que se relacionaba mejor con gente más mayor, precisamente por esto. Hoy podría superar uno de esos tests que indican la sobredotación intelectual, porque tanto sus cualidades como su creatividad tenían que estar muy por encima de la media. Basta leer sus escritos de adolescencia para comprobarlo. Poseía una gran facilidad para observar y para sacar conclusiones irónicas de las cosas. (...)

A Jane se le daba bien la costura y hacía labores de fantasía y bordados satinados. La habilidad con la aguja era algo que se apreciaba mucho en las jóvenes de entonces. No eran trabajos burdos, sino finos y que formaban parte luego del arreglo de las casas a modo de tapetes, pañitos, mantas...La música era otra de sus pasiones. Tocaba el pianoforte con soltura y era una excelente bailarina. Sin embargo, desde un momento determinado, su mayor pasión tuvo que ver con la lectura y con la escritura. Este era su gran talento. En todos los días de su vida la escritura, presente o ausente, era un foco de atención para ella. Siempre tenía algo que escribir, algo que decir. No resulta difícil imaginarla con unas cuartillas en el bolsillo de la bata que se ponía para estar en casa. Las cuartillas de papel (que su padre le suministraba en un alarde de intuición generosa) y los lápices, fueron, quizá, los instrumentos más familiares para ella. Y, como telón de fondo, los libros, casi un objeto de culto dada su afición a frecuentar bibliotecas. Bibliotecas que, por cierto, abundaban en pueblos y ciudades y tenían un gran uso en forma de préstamos. Incluso Bath, la ciudad balnearia de moda que puede resultar superficial y poco dada a desarrollar el intelecto, disponía nada menos que de

seis buenas bibliotecas, que se consideraban imprescindibles en cualquier complejo de ocio. Como ocurre con otras damas escritoras, fueron los libros el gran elemento educativo del que Jane Austen se benefició. El escaso tiempo que estuvo escolarizada no le aportó conocimientos útiles, salvo el aprendizaje del francés y el gusto por las representaciones teatrales que le transmitió una de sus maestras. Pero el colegio siempre se le quedó escaso. Nunca la convenció. Y acrecentó su idea de que las maestras tenían una profesión difícil y poco deseable. En *Emma* a la protagonista le parece un destino horrible el que le espera a Jane Fairfax, condenada a ser institutriz.

Una vida privada casi oculta

La dificultad de indagar en la vida privada de Jane Austen está relacionada con que jamás hizo anotaciones biográficas en ninguno de sus libros. No sabemos si llevaba algún diario personal, pero sí que las numerosas cartas que escribió (casi tres mil) fueron destruidas en su mayoría, tanto por su hermana Cassandra como por una de sus primas, siguiendo, al parecer, las indicaciones de la propia Jane, aunque sobre esto hay otra versión: la que afirma que esas cartas contenían alusiones a la familia no siempre agradables, que no debían ser leídas por ojos extraños. Esto no resulta nada raro. Su carácter irónico y la manera original con que contaba las cosas que iba observando nos puede hacer pensar que sus opiniones no fueran siempre políticamente correctas. Y la familia directa de Jane pretendió hacer de ella una especie de santa laica, una mujer sin tacha, lo que incluía no criticar a los parientes ni vecinos.

Las únicas cartas que han sobrevivido a esa criba, unas ciento sesenta, están fechadas a partir de los veinte años y no hay en ellas nada de su infancia. Esta especie de destrucción de pruebas tiene mucho que ver con el carácter de la época, en la que los sentimientos se ocultaban y se cubrían incluso de una capa de humor. Después de eso, los miembros de su familia que han escrito sobre ella han mantenido ese manto de silencio, dejando solamente entrever algunas cuestiones simples que parecen consensuadas, al menos tácitamente, entre todos. Han querido proteger a su autora y, con ello, nos han negado un mejor y mayor conocimiento de ella.

(...)

Además de ciento sesenta cartas, las menos comprometidas, se conservan los *Juvenilia*, textos escritos en torno a los catorce o quince años, que sirven para arrojar luz, al menos, de su talento precoz y de su gusto por la lectura y la escritura. Los *Juvenilia* están publicados en castellano en un volumen conjunto llamado *Amor y Amistad*. Ese volumen conjunto (que contiene los volúmenes I, II, III) lo creó ella misma, por el sencillo procedimiento de pasar a limpio todas aquellas narraciones sueltas que había ido escribiendo. También decidió su título. Este acto nos muestra una decidida voluntad de ser escritora aun en sus inicios, cuando la posibilidad de publicar se presentaba muy lejana. (...)

La infancia de Jane transcurrió compartiendo juegos con sus hermanos, todos chicos menos Cassandra, y los propios alumnos de sus padres en la escuela masculina que tenían en la rectoría. Esto último era un hecho frecuente. La educación preuniversitaria no era un asunto estatal y se realizaba por personas con cierta formación, sobre todo clérigos. En casa de los Austen se alojaban una docena de muchachos de familias de la *gentry*, en régimen de internado y para recibir instrucción elemental. Significaba un ingreso extra que venía muy bien a la familia y también una oportunidad de convivencia para los hijos.

Como muchos pastores de la iglesia anglicana el señor Austen tenía una estimable biblioteca, con unos quinientos volúmenes, que usaban tanto los alumnos a los que acogía en la rectoría como sus propios hijos. Esto tuvo que influir decididamente en la formación de Jane, mucho más que su breve asistencia al colegio, que ocupó solamente tres años discontinuos, entre los ocho y los once. En la biblioteca estaban las obras de Samuel Richardson, Henry Fielding y Samuel Johnson, además de los consabidos libros de sermones, los clásicos o Shakespeare. El hecho de que Austen leyera novelas y libros contemporáneos es un hecho diferenciador con respecto a otras educaciones. Al contrario de lo que sucedía con otros padres de esta época y posteriores, el señor Austen dejó que sus hijas se educaran igual que los varones, con acceso libre a la biblioteca y sin ninguna cortapisa exterior, quizá salvando sus obligaciones en relación al mantenimiento del hogar porque la vida de la familia no solo se desarrollaba en torno a las cuestiones intelectuales, antes al contrario, las tareas del campo se compatibilizaban con los estudios, la escritura y la lectura. Vivir en el campo

era tener que cobrar los diezmos, atender a los animales, cuidar el huerto y ayudar a los parroquianos.

Como una consecuencia natural de vivir en una casa de chicos, los juegos infantiles de Jane eran varoniles. Había tiempo para los acertijos, las carreras, las travesuras. Esa forma natural que tienen las mujeres Austen de relacionarse con los hombres puede deberse al propio contacto de la autora con los muchachos, a los que día a día trataba como camaradas y compañeros de juegos. No hay tiquismiquis ni distancias ni subterfugios. (...)

Otro elemento relacionado con su crianza es el sentido del humor que desplegó toda su vida y que se observa con claridad en sus novelas. Sentido del humor que abarca aspectos que, en su época, podrían considerarse incluso tabúes, como la mirada irónica que dirige a los clérigos. Resulta interesante observar cuánto respetaba y quería Jane a su padre, un hombre educado, culto, generoso y cariñoso. Esta imagen del clérigo no se repite, curiosamente, en sus libros. Los clérigos de Jane son personas insensatas y hasta ridículas. Los más conocidos, el señor Collins de *Orgullo y prejuicio* y el señor Elton, de *Emma*, son rechazados por las protagonistas en sus pretensiones matrimoniales ¿Por qué esta visión? nos preguntamos. La respuesta quizá pueda estar en que conoció durante su vida a algunos otros que no eran, ni mucho menos, como el modelo de su padre. Este es uno más de los enigmas en torno a su obra. El caso es que formando parte de una familia de clérigos, ella tuvo la capacidad de ridiculizarlos, cuestionarlos e, incluso, considerarlos aburridos, como ocurre con el mismo Edward Ferrars de *Sentido y sensibilidad*, quien para Marianne Dashwood tenía tan poco fuego interior que no le venía mal esa profesión. En realidad, toda la obra de Jane está traspasada de una fina ironía que no la abandona en ningún momento, aunque quizá en *Persuasión*, su novela más dramática, haya momentos en los que no se aprecie.

Resulta destacable que George Austen decidiera educar a sus hijas como si fueran chicos, es decir, aportándoles todos los conocimientos y saberes que eran propios de estos y no solo los que parecían constituir el universo pedagógico de las mujeres. (...)

Steventon

La casa de Steventon (Hampshire) ya no existe. Fue un nieto del señor Austen, hijo de James, el que derribó en la década de 1820 la rectoría para construirla en un lugar más habitable. Entonces estaba al final de una calle de casas con jardines delanteros. La casa estaba rodeada de setos, que delimitaban cada uno de ellos un camino, el camino del bosque y el camino de la iglesia. Los Austen tuvieron en sus mejores tiempos carruaje y caballos, lo que facilitaba sus desplazamientos a las ciudades cercanas, la más importante de las cuales era Basingstoke. Sigue siendo una importante ciudad comercial, con gran actividad económica y un número destacado de empresas allí asentadas. En los tiempos de Jane Austen tenía industrias textiles y de producción de cerveza. Estaba a unos once kilómetros de Steventon. Cerca se encuentra otra importante ciudad, la de Winchester, en cuya catedral está enterrada la escritora, no sabemos muy bien por qué, salvo que el motivo fuera que murió allí en los días de julio en que visitaba a un médico para buscar algún remedio a sus dolencias. La catedral gótica es espléndida, con una larguísima nave central visible desde toda la ciudad.

La afición principal de la Jane jovencita era el baile y de eso nos habla su sobrino. Un baile era un acontecimiento social de primer orden, ya fuera en un lugar público (una posada) o privado (el salón de una mansión). Era una buena bailarina que ejecutaba con gracia el minué, las danzas escocesas o la popular contradanza. Todavía no había llegado el momento del vals, ese baile en el que las parejas ya podían tocarse algo más que las puntas de los dedos, como ocurría con los bailes georgianos. El baile constituye un momento central en las historias que narra porque allí se conocían los jóvenes, se producían encuentros o desaires y se entablaban nuevas relaciones. Los bailes de Basingstoke eran un acontecimiento semanal que todas las chicas de la zona aprovechaban. Pero Jane también bailó en otras ciudades, en las que pasó temporadas, por ejemplo en Southampton, donde acudió a un baile muy importante con motivo de su visita a los primos John y Elizabeth Butler-Harrison, familia de su padre, de cuyo hijo fue madrina.

Los bailes campestres de Basingstoke, los realizados en casas de vecinos o en los salones de algunas amistades, eran menos brillantes que este. Las *assembly rooms* se decoraban para tal fin con velas y tenían una orquesta interesante. Hay algunas escenas que suceden en el baile que tienen una relevancia especial. (...)

Los años de Bath

En 1801 la familia, en concreto las dos hijas y los padres, se trasladaron a vivir a Bath, a instancias del padre, recién jubilado y que lo decidió sin consultar a nadie. Sin embargo, no era una decisión extravagante. Muchos jubilados lo hacían. Steventon dejó de ser, de este modo, el centro de su vida, después de vivir allí durante veinticinco años. A Jane no le gustó en absoluto el traslado. No solo porque se despidió para siempre de su casa sino porque Bath no era un lugar que apreciara. Ya entonces era un centro turístico, de vida frívola y relaciones sociales superficiales, aunque no tenía el esplendor de hacía años y, debido a las guerras y a los cambios sociales, abundaban más los jubilados que los muchachos en edad de casarse.

Las circunstancias de su marcha a Bath han sido relatadas en ocasiones y hay coincidencias y también divergencias en ese relato. Parece ser que el padre no consideró necesario consultar la decisión ni con ella ni con su hermana Cassandra. Por mucho que fuera un hombre ciertamente adelantado a la hora de educarlas, estaba claro que seguía considerando a las mujeres como dependientes del destino que los hombres le marcaran. Cumplió setenta años, se acogió a la jubilación, él dejó la rectoría y sus dos parroquias (Steventon y Deane) en manos de su hijo mayor, James, que ya se encargaba de Deane, y decidió cambiar de residencia. Los motivos no se han puesto de manifiesto nunca. Parece extraño que no los hubiera porque era un hombre sensato. Cansancio de una vida campesina, el deseo de disfrutar de otro tipo de distracciones, el hecho de que hubiera médicos cerca. Además de eso, Bath no era un lugar extraño para la señora Austen, porque había vivido allí en su juventud y, precisamente allí, se habían casado.

Los señores Austen habían decidido deshacerse de la mayor parte de sus enseres y recuerdos con este traslado. Pusieron a la venta los cuadros, los decorados teatrales que usaban los niños, los adornos, los regalos, los armarios incluso y, para aumentar el dolor de Jane, la biblioteca del padre, más de quinientos volúmenes que habían sido el alimento espiritual de su niñez.

Todo esto lo relata Jane Austen en las cartas que escribe en esta época y lo hace con la vivacidad y la ligereza que acostumbraba a usar en sus misivas, además de ese ingenio especial que hacía del suyo un punto de vista único. La ciudad no le gustó, ni le gustó

el estilo de la gente, ni los bailes públicos, ni el modo de vida. Además, sabía que era un sitio al que las muchachas acudían en busca de marido y eso le producía la extraña sensación de estar situada en un escaparate, expuesta a las miradas ajenas, esperando que alguien se decidiera a elegirla. Nada de eso concordaba con su forma de entender el amor ni las relaciones entre los hombres y las mujeres.

Era la tercera vez que podía sentirse arrojada de su casa. La primera, siendo un bebé, para ser criada por una mujer del pueblo. La segunda, a los siete años, para ir al colegio. La tercera, y más difícil, este cambio de residencia, inopinado y que se realizó sin consulta previa. Así puede explicarse el carácter de Jane Austen, que era una niña callada, aunque con sentido del humor; que no se sentía bien en presencia de extraños y que desarrolló, por el contrario y para compensar, unas enormes dotes de observación de lo que ocurría alrededor y una capacidad de introspección absoluta. Sobre todo, además, una imaginación desbordante, única. Imaginaba relatos e historias y los contaba a su familia. Y luego, cuando se ponía a escribir, ese momento de crear los personajes y las tramas la hacía inmensamente feliz.

Para Jane el cambio de residencia fue un duro golpe. La vida rural era su medio y la ciudad no la convencía. La novela inacabada, publicada con el título de *Los Watson* debió ser escrita mientras la autora residía en Bath. La producción literaria de esos cinco años y medio que vivió en Bath, antes de trasladarse a Southampton tras la muerte de su padre, es algo que está también en el centro de algunas discusiones. Es verdad que no consta que acabara ninguna novela, pero puede ser que perfilara las que tenía escritas o que iniciara otras que no culminaron o, quizá, que fuera un tiempo de imaginar historias que luego saldrían a la luz. Es muy difícil conocer su estado de ánimo y lo que este pudiera influir en su escritura, pero resulta raro pensar que no escribió. Teniendo en cuenta que aún no había publicado nada puede haber existido cierto desánimo que actuó a modo de paréntesis, pero esto es solo una conjetura. No obstante Bath es el escenario de algunas de sus novelas, en las que aparece como una ciudad difícil, llena de relaciones interesadas y de malentendidos y engaños, aunque el mayor protagonismo lo tiene en un libro que tenía escrito desde antes de vivir allí, *La abadía de Northanger*, entonces titulada como *Susan*. El caso es que en Bath estaban muy ocupados cambiándose de casa y tratándose con algunos de sus

parientes de allí, como los Leigh-Perrot, un matrimonio bastante excéntrico, formado por James Leigh y Jane Chalmeley, cuya fortuna los trajo de cabeza a todos durante algún tiempo. La esperanza de heredar se desvaneció muy pronto, sin embargo.

Además de participar en los ritos normales de la vida en la ciudad, las compras, los paseos, los baños termales y de hacer, sobre todo, nuevas amistades, Jane se empapó de color local y pudo plasmarlo con mayor exactitud en su última novela *Persuación*, que escribiría más adelante. En ese momento hubo una cuestión interesante relacionada con su obra. La revista *The Flowers of Literature for 1801 and 1802* anunció que una nueva novela vería pronto la luz. Se llamaba *Susan* y la publicaría la editorial Benjamin Crosby e hijo. Podemos reconocer en ella a la novela escrita entre 1798 y 1799 titulada finalmente *La abadía de Northanger*. Austen la había revisado en los años 1801 y 1802 y en la primavera de 1803 vende los derechos a cambio de diez libras. Este fue el primer dinero que obtuvo en su vida por escribir. Y era un pago considerable teniendo en cuenta que la asignación anual que recibía de su padre para sus gastos personales era de veinte libras. Como sabemos, el libro nunca fue publicado por estos editores y a ella le costó el reembolso del anticipo. Pero esto fue después. En este momento nos indica que Bath nunca la alejó de la literatura. Además, hay que señalar que tanto durante el tiempo que vivió en Steventon como durante su estancia en Bath, la escritora hizo frecuentes viajes a otras localidades, algunas de las cuales dejaron una honda huella en su obra. Entre estas localidades están Lyme Regis, Sidmouth, Colyton, Dawlish, Teignmouth, Tenby, Barmouth...Era el mar lo que la atraía.

En Bath murió el señor Austen el 21 de enero de 1805 a los 74 años. Había sobrevivido a su única hermana Philadelphia, de casada Hancock y para la familia la tía Phila, que tenía un año más que él y había muerto en 1792 después de una vida llena de peripecias. No hay correspondencia de Jane sobre la muerte de su padre pero las consecuencias fueron claras. Le cambió la vida. Significó la itinerancia de un lugar a otro hacia un lugar donde vivir al menor coste. Una especie de desarraigo. Eran, como podría decir un titular de periódico de los de hoy, cuatro mujeres solas. Cassandra Austen-Leigh, la madre, tenía en aquel entonces sesenta y seis años, pues había nacido en 1739. Había estado casada con George Austen treinta y nueve años. Cassandra

Austen, la hermana, cumplía treinta y dos años y era lo que entonces se definía con toda claridad y con muy poca compasión una solterona. Jane tenía más de dos años menos y su amiga Martha Lloyd, diez años mayor que Jane y hermana de su cuñada Mary, se unió a ellas después de una serie de desgracias personales.

Una etapa viajera

El 2 de julio de 1806 el grupo se marchó a Southampton. Vivir en Bath ya no tenía sentido pues, además, no tenían casa propia, sino que estaban de alquiler. Quizá los señores Austen habían albergado alguna esperanza de casamiento para sus hijas cuando llegaron a la ciudad balnearia pero, a esas alturas, las circunstancias ya eran otras. Las mujeres se colocaron su cofia blanca en la cabeza y renunciaron a estar en el mercado. Y, desde luego, lo hicieron prematuramente.

Las visitas a familiares se sucedieron durante esta época, algo que resultaba lógico cuando no había una casa a la que volver. Esas estancias en casa ajena podían resultar hasta molestas para personas independientes y que entendían con claridad su situación de vulnerabilidad económica y personal. Jane Austen lo sabía, desde luego, y debió ocasionarle no poca amargura. A principios de agosto de 1806 hicieron una visita al reverendo Thomas Leigh a Adlestrop, en Gloucestershire, donde pasaron una temporada. Después, viajaron a la casa de sus amigos los Cooper en Hamstall Ridware, en Staffordshire, en la misma situación. El fin del periplo tuvo lugar en octubre de ese mismo año. Estaba claro que se trataba de hacer tiempo mientras alguien decidía qué hacer con ellas. Probablemente había conversaciones confidenciales entre los hermanos en las que se hablaba de cómo solucionar la situación de aquellas mujeres. En Southampton estuvieron dos años y medio hasta que sucedió una de esas circunstancias excepcionales que influyen poderosamente en la vida: su hermano Edward, que tomaría en 1812 el apellido Knight al convertirse en heredero de una fortuna importante de la familia que lo había adoptado y con la que vivía desde pequeño, les ofreció cederles una casita. Podían quedarse junto a su residencia habitual en Godmersham Park en Kent o en un cottage en Chawton, Hampshire. Chawton House, que era la casa principal, es ahora mismo la sede de la Home to Early Women's Writing y acoge las reuniones de asociaciones dedicadas a estudiar la obra

de Austen. Es una hermosa casa señorial que alberga una importante biblioteca, cuyos fondos pueden consultarse en línea y de la que se cuenta que era uno de los lugares a los que Jane Austen acudía para leer. Esta última opción, Chawton Cottage, fue la elegida, seguramente porque significaba la vuelta a Hampshire, su lugar de origen, el sitio en el que habían nacido y vivido tanto tiempo antes de marcharse a Bath.

Al fin, Chawton

De este modo, en la primavera de 1809, su madre, su hermana Cassandra y su amiga Martha Lloyd (que más tarde se casará con el viudo sir Francis Austen) junto con Jane, se instalaron para vivir en esa casita de Chawton, que se convertiría en su último hogar y en el sitio que hoy representa mejor que ningún otro su memoria.

Las cuatro mujeres muestran con fidelidad esa situación de dependencia de los parientes varones que era corriente. Un sistema de relaciones viciado que no podía asegurar el cariño filial ni el matrimonial. La necesidad mandaba. Esa asociación de mujeres solas llegaba a ser muy numerosa y frecuente. No había otro remedio. Durante su estancia en Southampton vivieron juntas nueve: Jane, Cassandra, la madre, la amiga Martha, la cuñada Mary, Jenny que era la cocinera, la criada Molly, la doncella Phoebe y una comadrona porque Mary estaba embarazada.

No era inusual el hecho de que las mujeres se agruparan entre sí para fortalecerse las unas a las otras y para compartir casa y forma de vida. Esto las hacía más seguras y menos vulnerables. Se aseguraban la asistencia mutua, la compañía y la necesaria conversación. Sus vidas eran, desde luego, sencillas y modestas porque no olvidaban que la casa se la debían a sus parientes y que tenían que estar agradecidas y proporcionar las menores molestias posibles.

Los vecinos formaban parte de esa red de ayuda que alegraba la vida y que estaba disponible para cualquier emergencia. Para Jane eran también un motivo de inspiración. Cualquier mente despierta como la suya tenía en la vida cotidiana y en las relaciones vecinales unas vivencias que se unían a su imaginación desbordante. Su propio carácter contribuía a ello. Tenía una agudeza extraordinaria para captar lo ridículo, bromear sobre las situaciones y buscar la parte cómica de la vida.

Así lo expresó un contemporáneo suyo, el poeta romántico Robert Southey (1774-1843): «Habla usted de la señorita Austen. Sus novelas son más fieles a la naturaleza humana y contienen, lo que suscita mi simpatía, pasajes con sentimientos más nobles que las de cualquier autor de la época. Es una persona de la que he oído hablar tan bien y a la que admiro tanto que lamento no haber tenido la oportunidad de manifestarle el respeto que sentía por ella».

El pueblo de Chawton está a un kilómetro y medio de Alton y la casita se encontraba en un cruce de carreteras que conducían a Winchester y a Gosport. La casa pervivió en el estado de entonces hasta que murió Cassandra Austen en 1945. En el pueblo vivían entonces unas sesenta familias, todas ellas dedicadas a la labranza de las tierras de Edward Austen-Knight.

En Chawton hubo una especie de acuerdo tácito entre las mujeres para dejar a Jane tiempo suficiente para escribir. Su única ocupación doméstica era preparar el desayuno además de custodiar la llave del vino. El desayuno consistía en té con rebanadas de pan tostado y el hecho de ser la guardiana del vino tenía su importancia. Está demostrado que a Jane le gustaba tomarse su copita y no despreciaba ninguno de los placeres sencillos de la vida, como la buena mesa o la buena conversación.

Una de las cosas que hacía en Chawton era tocar el piano, algo que le producía placer y relajación al mismo tiempo. Quién sabe si sus argumentos salían al hilo de la música...

Jane Austen, contra lo que algunos de sus familiares con la mejor intención dejaron caer, no era una mujer puritana, estirada, modosita ni ajena a la dulzura de la vida. Le habría gustado casarse, pero, eso sí, no con cualquiera ni de cualquier modo. Su renuncia al matrimonio, pese a que tuvo varias ocasiones de contraerlo, siempre estuvo relacionada con su voluntad de hacerlo sin presiones y con alguien que la satisficiera en todos los aspectos. No hubiera tenido sentido otra cosa y, desde luego, sus argumentos se habrían visto privados de credibilidad, porque casarse por amor era una de sus banderas.

Aquí en Chawton Jane revisó sus novelas, las reescribió definitivamente y creó otras nuevas. También fue el lugar desde el que empezó a publicar en 1811. Chawton fue el hogar en el que su actividad literaria fue más prolífica. Las revisiones se refieren

a *Sentido y sensibilidad*, *Orgullo y prejuicio* y *La abadía de Northanger*. Las novelas que escribió aquí son *Mansfield Park*, *Emma* y *Persuasión*.

En todas ellas retrató la vida cotidiana de la sociedad a la que pertenecía. No escribía de oídas, sino que ella misma era testigo de esa forma de vida. Inventó a sus personajes, pero se movía en su propio terreno. Y, además, tenía muy claro que eso es lo que quería hacer y de lo que quería escribir.

La sociedad rural que retrata pervivió en Inglaterra mucho más tiempo que en otros países. Se trataba de pueblos bien comunicados entre sí a través de caminos y con una variedad suficiente de transportes. En un momento dado llegó el ferrocarril. La mano de obra era abundante. Allí se podía disfrutar de las actividades más placenteras para los ingleses de esta clase, como la caza, la jardinería, la horticultura, los paseos al aire libre, las visitas, los bailes campestres, las reuniones familiares y las excursiones.

Las casas importantes, las mansiones, las rectorías, tenían todas una biblioteca al menos aceptable, así como caballos y carruajes propios, una zona de granja para su abastecimiento, un buen número de criados y una parroquia anglicana a la que se acudía para la predicación y cuyo párroco era un verdadero director espiritual y un hombre con sentido práctico. Este es el mundo que Austen retrata.